

convenibles. Y cuando digo con blandura, no quiero decir con negligencia, sino sin congoja, alboroto ni inquietud; que de otra suerte, en lugar de conseguir el efeto de tu deseo, lo echarás á perder todo y te embarazarás más cada instante.

«Mi alma está siempre en mis manos, ó Señor, y yo no he olvidado tu ley,» decía David. Examina más de una vez al día, y á lo menos á la noche y á la mañana, si tienes tu alma en tus manos, ó si alguna pasión y inquietud te la ha arrebatado. Considera si tienes tu corazón á tu mandado, ó si se te ha escapado de las manos, para empeñarse en alguna afición desreglada de amor, de enojo, de envidia, de codicia, de miedo, de enojo ó de alegría; y si se ha escapado, le buscarás ante todas cosas, y llevarás poco á poco á la presencia de Dios, remitiendo todas tus aficiones y deseos debajo la obediencia y órden de su divina voluntad. Porque como aquellos que temen perder alguna cosa preciosa, la tienen bien cerrada en su mano; así á la imitación deste gran rey debemos siempre decir: «¡Oh Dios mio! mi alma está puesta en gran peligro; y así por esto, Señor, la traigo siempre en mis manos, y desta suerte no he olvidado tu santa ley.»

No permitas á tus deseos, por pequeños que sean y de pequeña importancia, que te inquieten, porque despues de los pequeños, los grandes y más importantes hallarán tu corazón más dispuesto al alboroto y desasosiego.

Cuando sintieres acercarse la inquietud, encomiéndate á Dios, y resuélvete en no hacer nada de todo cuanto tu deseo te pidiere; y esto se entiende no habiéndose pasado del todo la inquietud, porque entonces no se puede diferir. Luego pues es menester con un suave y sosegado esfuerzo detener la corriente de tu deseo, templándole y moderándole cuanto te fuere posible; y despues desto, obrar, no segun tu deseo, sino segun la razón.

Si puedes descubrir tu inquietud al que conduce tu alma (esto es, á tu confesor), ó á lo menos á algun confidente y devoto amigo, no dudes sino que al mismo punto serás apaciguado; porque la comunicacion de los dolores de corazón hace el mismo efeto en el alma que la sangría en el cuerpo del que está con calentura continua. Es este, en fin, el remedio de los remedios. Tambien el rey San Luis dió este aviso á su hijo: «Si tuvieses en tu corazón algun descontento, dile al mismo punto á tu confesor ó á alguna buena persona; y así podrás llevar tu mal fácilmente, mediante el consuelo que se te dará.

## CAPITULO XII.

### De la tristeza.

«La tristeza que es segun Dios (dice san Pablo), obra la penitencia para la salud; la tristeza del mundo obra la muerte.» La tristeza pues puede ser buena y mala, segun las diversas producciones que causa en nosotros. Verdad es que causa más malas que buenas, porque mirado, no causa más de dos buenas: estas son misericordia y penitencia. Para estas hay seis malas; y son: congoja, pereza, indignacion, celos, envidia y impaciencia. Lo cual hizo decir al Sábio: «La tristeza arruina á muchos, y no causa ningun provecho;» por-

que para dos buenas corrientes, que proceden de su origen, hay seis bien malas, como está dicho.

El enemigo se sirve de la tristeza para usar de sus tentaciones con los buenos; porque, así como procura se alegren los malos en su pecado, así procura entristecer los buenos en sus buenas obras; y como no puede procurar el mal sino haciéndole parecer agradable, así tambien no puede hacer apartar del bien sino haciéndole parecer desagradable. El espíritu maligno se deleita en la tristeza y melancolía, por cuanto él es triste y melancólico, y lo será eternamente; causa por que querría que todos le imitasen.

La mala tristeza alborota el alma, pónela en inquietud, causa temores extraños, quita el gusto de la oracion, adormece y oprime el cerebro; priva el alma de consejo, de resolución, de juicio y de ánimo, y abate las fuerzas: es, en fin, como un áspero invierno, que priva á la tierra de toda su hermosura y entorpece todos los animales; quita toda la suavidad del alma, y la hace casi imposibilitada y incapaz en todas sus facultades.

Si por ventura, Filotea, te sucediere caer en esta mala tristeza, practicarás los remedios siguientes: «Si alguna está triste (dice Santiago), que ore.» La oracion es un soberano remedio, porque levanta el espíritu en Dios, que es nuestra única alegría y consuelo. Encaminarás en tu oracion las palabras con que rezarás, sean interiores ó exteriores, á la confianza y amor de Dios; como si dijeras: «¡Oh Dios de misericordia, mi buen Dios, mi Salvador, manso y benigno, Dios de mi corazón, mi alegría, mi esperanza, mi amado esposo, el bien querido de mi alma!» y semejantes palabras.

Procura con cuidado mostrarte contraria á lo que te inclina tu tristeza, y aunque te parezca que lo que haces en tal tiempo es con frialdad, desabrimiento y cansancio, no dejes por esto de hacerlo; porque el enemigo, que pretende entibiarnos en las buenas obras por medio de la tristeza, viendo que no por eso dejamos de hacerlas, y que hechas estas con resistencia, son de más mérito,—cesa entonces de afligirnos más.

Canta cánticos espirituales, porque el enemigo por este medio ha muchas veces cesado en sus operaciones. Dígalo el espíritu que poseía á Saul, cuya violencia reprimía y templaba la música de David.

Es muy bueno el emplearse en obras exteriores y el diferenciarlas cuanto más se pueda, para divertir el alma del objeto triste, purificar y calentar los espíritus, por cuanto la tristeza es de complexion fria y seca.

Usarás de acciones exteriores fervorosas, aunque las tales sean sin gasto, abrazando la imagen de un crucifijo, llegándote al pecho, besándole los pies y manos, levantando tus ojos y tus manos al cielo, arrojando tu voz á Dios con palabras de amor y confianza, como las que se signen: «Mi bien amado es mio, y yo suya; mi bien amado es para mí un ramillete de mirto, el cual guardaré entre mis pechos. Mis ojos se deshacen en tí, ¡ó Dios mio! diciendo: ¿Cuándo me consolaréis vos? ¡O Jesus! sed mi Jesus; viva Jesus, y mi alma vivirá. ¿Quién me separará del amor de mi Dios?»

La disciplina moderada es buena contra la tristeza,

por cuanto esta voluntaria afliccion exterior alcanza el consuelo interior; y el alma, sintiéndose de los dolores externos, se divierte de los que son internos. La frecuentacion de la santa comunión es excelente, porque este pan celeste fortifica el corazón y alegra el espíritu.

Descubrirás todos los resabios, aficiones y sugestiones que resultaren de tu tristeza, á tu maestro ó padre espiritual, con humildad y fidelidad. Buscarás las conversaciones de personas espirituales, tratándolas lo más que pudieres. Pondrás, en fin, en las manos de Dios, resolviéndote de sufrir cualquier género de tristeza pacientemente, como justo castigo de tus vanas alegrías. Y no dudes de ninguna manera que Dios, habiéndote por este medio probado, te dejará de librar de tal mal.

## CAPITULO XIII.

### De los consuelos espirituales y sensibles, y cómo debemos gobernarlos en ellos.

Continúa Dios el ser deste gran mundo en una perpétua mudanza, por la cual el día se trueca en noche, la primavera en verano, el verano en otoño, el otoño en invierno, y el invierno en primavera; y cada uno de los días no parece jamás en todo al otro: vemos unos nublados, otros acuosos, otros secos y otros ventosos; variedad que trae al universo una admirable hermosura. Lo mismo es del hombre, el cual es, segun sentencia antigua, un compendio del mundo. Vemos esto por cuanto nunca está en un mismo estado, cuya vida se extiende y dilata por la tierra como las aguas, corriendo y ondeando con una perpétua variedad de movimientos, los cuales ya le levantan á grandes esperanzas, ya le abajan por el temor, ya le inclinan á lo justo por el consuelo, ya á lo injusto por la afliccion, sin que jamás sea uno solo de sus días, ni aun de sus horas, parecida por entero á la otra.

Este es pues un grande y importante aviso. Por esto nos conviene el procurar tener una continua y inviolable igualdad de corazón en una tan grande desigualdad de accidentes. Y aunque todas las cosas se truequen y varien diversamente para con nosotros, nos es necesario mostrarnos constantes y inmóviles en la sola mira del servicio de nuestro Dios. Tome el navío la derrota que quisiere, que corra al poniente ó levante, á mediodía ó al setentrion, ó ya se vea azotado del más furioso y contrario viento, no por eso su aguja de marear mirará sino la hermosa estrella del polo. Ya se revuelva todo lo de abajo arriba, y no solo digo en lo exterior, sino en nosotros mismos; esto es, que nuestra alma se vea triste ó alegre, consolada ó sin consuelo, pacífica ó atribulada, en claridad ó tinieblas, en tentacion ó en reposo, en gusto ó disgusto, con desabrimiento ó ternura; que el sol la queme, el rocío la refresque,—siempre hemos de procurar que la punta de nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra voluntad superior (que es nuestra aguja) mire sin cesar y se extienda perpétuamente al amor de Dios, su criador, su salvador, su único y soberano bien. «O que nosotros muramos, ó que nosotros vivamos (dice el Apóstol), si es que somos de Dios, ¿quién nos separará del amor y caridad de Dios?» No, jamás nos podrá apartar cosa deste amor: ni la tribulacion, ni la congoja, ni la muerte, ni la

vida, ni el dolor presente, ni el temor de los accidentes futuros, ni los artificios de los espíritus malignos, ni la grandeza de los consuelos, ni la profundidad de las aflicciones, ni la ternura, ni el desabrimiento, no nos podrán jamás separar desta santa caridad, fundada en Jesucristo.

Esta tan absoluta resolución de jamás abandonar á Dios ni dejar su dulce amor, sirve de contrapeso á nuestras almas para tenerlas en la santa igualdad en medio de la desigualdad de los diversos movimientos que la condicion desta vida la acarrea. Porque, así como las abejas, viéndose sobresaltadas del viento en la campaña, se abrazan de las pedrezuelas que pueden, para poder así abalanzarse al aire, sin verse tan fácilmente expuestas al rigor de los vientos; así nuestra alma, habiendo con vivas veras y entera resolución abrazado el precioso amor de su Dios, queda constante en medio la inconstancia y mudanza de los consuelos y aflicciones, así espirituales como temporales, exteriores como interiores.

Fuera desta general doctrina, nos son necesarios algunos documentos particulares.

1. Digo pues que la devocion no consiste en la dulzura, suavidad, consuelo y sensible ternura de corazón, lo cual nos proveca á las lágrimas y suspiros, y nos da una cierta satisfacion dulce y agradable en el uso de algunos ejercicios espirituales. No, amada Filotea: la devocion y esto no es una misma cosa; porque hay muchas almas que tienen estas ternuras y consuelos, y no obstante no dejan de ser muy viciosas, sin que tengan por consiguiente ningun verdadero amor de Dios, y mucho menos ninguna verdadera devocion. Saul siguió á David para darle muerte: el cual huyendo de su persecucion por los desiertos de Engadi, se entró con los suyos en una cueva para mejor esconderse, donde Saul descuidado entró solo; y aunque pudiera entonces David matarle, no solo no quiso hacerlo, ni aun amedrentarle, sino antes, habiéndole dejado salir á su salvo, le llamaba despues para mostrarle su inocencia y hacerle conocer cómo habia estado entre sus manos. ¿Qué es lo que hizo pues despues desto Saul, para mostrar cómo su corazón se habia enternecido para con David? Nombróle por su hijo, y púsose á derramar gran cantidad de lágrimas, alabándole y confesando su benignidad; rogaba á Dios por él y por su futura grandeza, y encomendando su posteridad para despues de sus días (a). ¿Qué mayor dulzura y ternura de corazón podia mostrar? Y con todo eso, jamás trocó su alma, ni dejó de continuar su persecucion contra David con la misma crueldad que antes. Así se hallan personas que, considerando la bondad de Dios y la pasión del Salvador, sienten grandes ternuras de corazón, haciéndoles estas arrojar lágrimas, suspiros y oraciones, con acciones de gracias muy sensibles, y de manera que dirian que las tales tienen el corazón asaltado de una bien grande devocion; pero viniendo á la prueba, se halla que como las lluvias pasajeras de un ardiente verano (que cayendo á groseras gotas sobre la tierra, no la penetran, ni sirven sino á la produccion

(a) «Llamóle hijo suyo; púsose á llorar reciamente, á alabarle, á confesar su benignidad, á rogar á Dios por él, á presagiar su futura grandeza, á encomendarle su posteridad para despues de sus días. (C-D. con más tino y exactitud.)

de los hongos, getas y semejantes menudencias), así estas lágrimas tiernas, cayendo sobre un corazón vicioso, y no penetrándole, le son de todo punto inútiles. Y así vemos que los tales no por eso dejarán un solo maravilla de la hacienda mal adquirida que poseen, ni renunciarán una sola de sus perversas aficiones, ni querrán haber tomado la menor incomodidad del mundo por el servicio del Salvador, á quien habian encomendado sus lágrimas. De suerte que los buenos movimientos que tuvieron, no son sino ciertos hongos espirituales; los cuales no solo no son la verdadera devoción, sino manifiestos engaños del enemigo, que engañando las almas con estos pequeños consuelos, las hace contentarse y satisfacerse desto, para que así no busquen más la verdadera devoción. La cual consiste en una voluntad constante, resuelta, pronta y activa, en el ejecutar todo aquello que supieren ser voluntad de Dios.

Llorará tiernamente un niño cuando sangrando á su madre, ve que rompe la vena el barbero; pero si al mismo tiempo su madre, por quien lloraba tanto, le pide una manzana ó un papelejo de grajea, el cual tenia en la mano, de ninguna manera querrá dárselo. Así son la mayor parte de nuestras tiernas devociones. Viendo dar un golpe de lanza, que traspasa el corazón de Jesucristo crucificado, lloramos tiernamente. ¡Ah pobre de mí, Filotea! Bueno es el llorar en la consideración desta muerte y pasión dolorosa de nuestro Padre y Redentor; mas ¿por qué no le damos nosotros muy de grado la manzana que tenemos en nuestras manos, la cual nos pide con tantas veras; esto es, nuestro corazón, única manzana de amor (1)? ¿Por qué no le resignamos nuestros menores deseos, deleites y complacimientos; lo cual nos quiere quitar de las manos y no puede, por cuanto es nuestra grajea, de la cual somos más aficionados y golosos, que deseosos de su celeste gracia? ¡Ah pobre de mí! Todas estas son amistades de niños, tiernas, pero flacas; fantásticas, pero sin efecto. La devoción pues no consiste en estas ternezas y sensibles aficiones, las cuales muchas veces proceden de una naturaleza en sí blanda y susceptible de la impresión que la quieren dar; y algunas veces vienen del enemigo, que para engañarnos en esto, excita nuestra imaginación á la aprehensión propia á tales efectos.

2. Estas ternezas y afectuosas dulzuras son, con todo esto, á las veces, muy buenas y útiles, por cuanto mueven el apetito del alma, confortan el espíritu, y juntan á la prontitud de la devoción un santo regocijo y alegría, lo cual hace nuestras acciones hermosas y agradables, aun en lo exterior. Este es aquel gusto que se tiene en las cosas divinas, del cual David decía: «¡Oh Señor, y cuán dulces son tus palabras á mi paladar! Son más dulces que la miel á mi boca.»

Y es cierto que el menor consuelo de devoción que recibimos, vale de cualquiera manera más que las más excelentes y mayores recreaciones del mundo. Los pechos y la leche, esto es, los favores del Esposo divino, son mejores al alma que el vino más precioso de los placeres de la tierra. El que ha gustado dellos, tiene todos los demás consuelos por hiel y ajenos. Y como los que tienen la yerba scítica en la boca reciben un tan

(1) que este querido Salvador solicita le demos? (C-D.)

grande dulzor, que no sienten ni hambre ni sed, así aquellos á quien Dios ha dado este maná celeste de suavidades y consuelos interiores, no pueden desear ni recibir los consuelos del mundo, para lo que es tomar gusto y emborracharse en ellos. Son estos, principios de suavidades inmortales, que da Dios á las almas que le buscan; son granos azucarados que da á sus hijos para cebarlos; son aguas cordiales que les presenta para confortarlos, y son también á veces las arras de recompensas eternas. Dicen que Alejandro Magno, navegando en alta mar, descubrió primeramente la dichosa Arabia por medio de los suaves olores que el viento le sacudía, con que tomó ánimo, y se le dió á todos sus compañeros. Así nosotros recibimos muchas veces dulzuras y suavidades en este mar de la vida mortal, las cuales sin duda nos hacen antes gustar los regalos de aquella patria dichosa y celeste, á la cual aspiramos.

3. Pero dirásme, sin duda, que pues hay consuelos sensibles, que son buenos y vienen de Dios, y no obstante hay otros inútiles, peligrosos y aun perniciosos, que proceden ó de la naturaleza ó asimismo del enemigo, ¿cómo podrás discernir los unos de los otros, y conocer los malos ó inútiles entre los buenos? Es pues una general doctrina, querida Filotea, cuanto á los deseos y pasiones de nuestras almas, que las debemos conocer por sus frutos. (2) El corazón es bueno que tiene buenos deseos, y los deseos y pasiones son buenas cuando producen en nosotros buenos afectos y santas acciones. Si las dulzuras, ternezas y consuelos nos hacen más humildes, pacientes, tratables, caritativos y compasivos para con el prójimo, más fervorosos en mortificar nuestra concupiscencia y malas inclinaciones, más constantes en nuestros ejercicios, más manejables y obedientes para con los que debemos obediencia, más simples en nuestra vida; sin duda, Filotea, que los tales consuelos y ternezas serán de Dios. Mas si estas dulzuras no tienen dulzuras sino para nosotros, y nos hacen curiosos, agros, puntillosos, impacientes, porfiados, fieros, presuntuosos, duros para con el prójimo; y que pensando ya ser pequeños santos, no queremos sujetarnos más á la dirección ni á la corrección, — indubitablemente que estos tales serán consuelos falsos y perniciosos. Un buen árbol no produce sino buenos frutos.

4. Cuando sintiéremos estas dulzuras y consuelos, menester hemos humillarnos mucho delante de Dios. Guardémonos pues de decir cuando estas dulzuras nos arriben: «Yo soy sin duda bueno.» No, Filotea: estos son bienes que no nos hacen mejores, porque, como tengo dicho, no consiste en esto la devoción. Digamos antes: «¡Oh, y cuán bueno es Dios con los que esperan en él, y con las almas que él busca!»

1. El que tiene el azúcar en la boca, no puede decir que su boca sea dulce; mas podrá decir que el azúcar es dulce. Así, aunque esta dulzura espiritual es muy buena, y Dios, que nos la da, es bonísimo, no por eso se sigue que aquel que la recibe sea bueno.

2. Conozcamos ser aun pequeños niños, que tenemos necesidad de leche, y que estas grandes dulzuras

(2) Nuestros corazones son árboles, nuestras afecciones y pasiones son sus ramas, y nuestras obras ó acciones son los frutos. (C-D.)

nos son dadas, por cuanto aun tenemos el espíritu tierno y delicado, y que tiene necesidad de tales cebos y mantenimientos para ser tirado al amor de Dios.

3. Mas despues desto (hablando generalmente y por lo ordinario), recibamos con humildad estas gracias y favores, y tengámoslas por en extremo grandes; no tanto por cuanto lo son en sí mismas, como porque es la mano de Dios quien nos las pone en el corazón, como haria una madre que por regalar á su hijo, ella misma le metiese los granos de grajea en la boca uno á uno: porque si el tal niño tuviese algun juicio, más estimaria la dulzura del agasajo y caricia de la madre, que la dulzura de la grajea misma. Así que, Filotea, no es poco el tener semejantes dulzuras; pero es la dulzura de las dulzuras el considerar que Dios con su mano amorosa y maternal nos las pone en la boca, en el corazón, en el alma y en el espíritu.

4. Habiéndolas recibido con esta humildad, empleémoslas cuidadosamente segun la intención del que nos las da. ¿Por qué pensamos pues que Dios nos da estas dulzuras? Para hacernos dulces y mansos para con todos, y enamorados para con él. Da la madre la grajea al niño porque la bese. Besemos pues tambien nosotros á nuestro Salvador, pues nos acaricia por medio destes consuelos. Besar pues el Salvador es el obedecerle, el guardar sus mandamientos, el hacer su voluntad, el seguir sus deseos, y en fin, el abrazarle tiernamente con obediencia y fidelidad. Cuando hubiéremos pues recibido algun consuelo espiritual, menester es aquel dia mostrarnos diligentes en el hacer bien y en el humillarnos.

5. Es menester, además de todo esto, renunciar de cuando en cuando tales dulzuras de consuelos y ternezas, separando nuestro corazón dellas, y protestando que aunque las recibamos humildemente, y las amemos por cuanto Dios nos las envía, y que nos provocan á su amor, — no por eso son las tales las que buscamos, sino Dios y su santo amor; no el consuelo, sino el Consolador; no la dulzura, sino el dulce Salvador; no la terneza, sino aquel que es la suavidad del cielo y de la tierra. Y en esta afición y deseo debemos resolvernos y quedar firmes en el santo amor de Dios, aunque en toda nuestra vida no recibiésemos ningun consuelo. Y así, dirémos igualmente sobre el monte Calvario, como sobre el del Tabor: ¡Oh Señor, y cuán bien me está el estar con vos, ya estéis en cruz ó ya estéis en gloria!

6. Finalmente, te advierto que si te viniese alguna notable abundancia de tales consuelos, ternezas, lágrimas y dulzuras, ó alguna cosa de extraordinario en ellas, las confieras y comuniqués con fidelidad con tu confesor, para que así aprendas cómo te has de moderar y comportar en ellas; porque está escrito: «¿Has hallado la miel? Come la que te basta.»

#### CAPITULO XIV.

De las sequedades y esterilidades espirituales.

Harás pues como te acabo de decir, querida Filotea, cuando tuvieres semejantes consuelos. Pero este tiempo hermoso y tan agradable no durará, no, siempre; antes te sucederá hallarte á veces tan privada de la devoción, que te parecerá ser tu alma una tierra de-

sierta, infructuosa y estéril, en la cual no hay ni senda ni camino para hallar á Dios, ni ninguna agua de gracia que la puede rociar, por ser su sequedad tan grande, que parece quererla volver de todo punto estéril. ¡Ah pobre de mí, y cuán digna de compasión es el alma que se ve en este estado, y principalmente cuando este mal es vehemente! porque entonces, á imitación de David, se sustenta de lágrimas noche y dia, mientras el enemigo, por hácerla desesperar, se burla della, diciéndola: «¡Ah pobre de tí! ¿dónde está tu Dios? ¿Por qué camino le podrás tú hallar? ¿Quién te podrá volver ya más la alegría de su santa gracia?»

¿Qué es lo que harás tú en tal tiempo, Filotea? Tendrás pues cuenta de dónde te viene el mal. Nosotros mismos somos muchas veces causa de nuestras esterilidades y sequedades.

1. Como una madre rehusa el azúcar á su hijo viéndole sujeto á las lombrices, así Dios nos quita los consuelos cuando en ellos recibimos algun vano complacimento, y nos ve sujetos al gusano de la soberbia y presunción. Saludable me es, ó Dios mio, que vos me humilleis; y esto sin duda porque antes que vos me hubiéradis humillado, yo os habia ofendido.

2. Cuando nos mostramos negligentes en recoger las suavidades y regalos del amor de Dios á su tiempo, entonces nos los quita, en castigo de nuestra pereza. El israelita que no cogía el maná muy de mañana, despues no podia habiéndose mostrado el sol, porque entonces se deshacia todo.

3. Vémonos á veces echados en una cama de contentos sensuales y consuelos perecederos, como se via la esposa sagrada en los *Cánticos*. El esposo de nuestras almas llama á la puerta de nuestro corazón, inspíranos que nos volvamos á nuestros ejercicios espirituales; pero nosotros regateamos esto con él, por cuanto sentimos el dejar estos vanos embebecimientos, y el apartarnos destes falsos contentos: por esto pues pasa adelante y nos deja atollados. Despues, cuando le queremos buscar, tenemos no poco trabajo en hallarle; pero habémoslo bien merecido, pues nos mostramos tan infieles y desleales á su amor, que rehusamos el ejercicio espiritual por seguir el de las cosas del mundo. Mas quien se sustenta de la harina de Egipto no es bien participe del maná del cielo. Las abejas aborrecen todos los olores artificiales; y las suavidades del Espíritu Santo son incompatibles con los regalos artificiosos del mundo.

4. La duplicidad y disimulación de ingenio, ejercitado en las confesiones y comunicaciones espirituales que se hacen con el confesor, causa las sequedades y esterilidades; que pues tú mientes al Espíritu Santo, no es de maravillar si él te rehusa su consuelo. Pues tú no quieres ser simple y sin doblez como un niño, tampoco tendrás la grajea de los niños.

5. Tú te hallas muy bien sola con los contentos mundanos, y así no es mucho si los regalos espirituales se te dan escasamente (a). Las palomas ya solas (dice el antiguo proverbio) hallan amargas las cerezas (b). «Hinchado ha de bienes (dice nuestra Señora) á los

(a) *Vous-vous estes bien saulé des contentemens mondains; «tú te hallas harta de contentamientos mundanos.»*

(b) *Las palomas hartas, etc. : «Les colombes saoules trouvent amères les cerises.»*

hambrientos, y á los ricos ha dejado vacíos.» Los que son ricos de placeres mundanos no son capaces de los espirituales.

6. Si hubieres conservado bien los frutos de los consuelos recibidos, sin duda que tendrás otros nuevos: porque á aquel que los tiene se le darán aun más; y á aquel que no tiene los que se le han dado, más á quien los ha perdido por su culpa, se le quitarán aun los que no tiene; esto es, que le privarán de las gracias que le estaban preparadas. Vemos que la lluvia vivifica las plantas ya verdes; mas á las que no lo están, antes las quita la vida que aun no tienen, porque al mismo punto las podrece y daña. Por muchas y semejantes causas perdemos los consuelos devotos, y caemos en sequedad y esterilidad de espíritu.

Examinemos pues nuestras conciencias, y veamos si hallamos en nosotros semejantes faltas. Mas notarás, Filotea, que no se debe hacer este exámen con inquietud ni demasiada curiosidad; antes, despues de haber con fidelidad considerado cerca desto nuestras acciones, si es que hallamos en nosotros la causa del mal, daremos gracias á Dios; porque el mal se tiene por medio sano cuando se ha descubierto la causa dél. Si al contrario, no vieres nada en particular que te parezca haber causado esta sequedad, no te embebecas ni detengas en buscar con más curiosidad la causa; sino con toda simplicidad, sin más examinar ninguna curiosidad, haz lo que te diré.

1. Humíllate cuanto puedas delante de Dios, conociendo tu poquedad y miseria. ¡Ay de mí! ¡Qué es lo que soy yo, cuando en mí misma no soy otra cosa, ó Señor, sino una tierra seca, la cual, abierta por todas partes, muestra la sed que tiene de las aguas del cielo; y es el mal que entre tanto el viento la disipa y reduce en polvo!

2. Invoca á Dios y pídele su alegría: «Volvedme, ó Señor, la alegría de vuestra salud. Padre mio, si es posible, traspasad este cáliz de mí.» ¡Quitáteme de delante, ó vicio infructuoso, causa de la sequedad de mi alma; y vén tú, ó gracioso viento de los consuelos, y sopla en mi jardín, y así sus buenas aficiones y deseos derramarán olor de suavidad!

3. Acude á tu confesor, ábrele bien tu corazón, y hazle ver todos los dobleces de tu alma. Toma los avisos que te diere, con gran simplicidad y humildad; porque Dios, que ama infinito la obediencia, hace muchas veces útiles los consuelos ajenos, y en particular los de los confesores, aunque por entonces no haya grande apariencia: como hizo provechosas á Naaman las aguas del Jordan, de las cuales Eliseo, sin ninguna apariencia de razon humana, le mandó usara.

4. Mas despues de todo esto, nada hay tan provechoso, nada tan fructuoso en semejantes sequedades y esterilidades, como el no aficionarse ni desvelarse en el deseo de librarse dellas. No digo yo que simplemente no procuremos el huirlas; pero digo que no debemos procurarlas con porfia, sino antes dejarlo á la sola voluntad y especial providencia de Dios, para que él se sirva de nosotros cuanto fuere servido en medio de semejantes espinas y trabajos. Digamos pues á Dios en tal tiempo: «¡O Padre! si es posible, pasad de mí este cáliz.» Mas juntemos tambien palabras de grande ánimo: «Con todo esto, no mi voluntad, sino la vues-

tra, sea hecha.» Y quedémonos en esto con el mayor reposo que nos sea posible; porque Dios, viéndonos en esta santa indiferencia, nos consolará con más gracias y favores: como cuando vió á Abraham resuelto de privarse de su hijo Isaac, que se contentó viéndole indiferente en esta pura resignacion, consolándole por una vision y su dulce bendicion. Debemos pues en toda suerte de aflicciones, así corporales como espirituales, sucediéndonos semejantes distracciones ó sustracciones en la devocion, decir de todo nuestro corazón y con una profunda sumision: «El Señor me ha dado consuelos, el Señor me los ha quitado: sea bendito su santo nombre;» porque perseverando en esta humildad, sin duda nos dará sus regalados favores, como hizo á Job; que constantemente usaba semejantes palabras en todos sus trabajos.

5. Finalmente, Filotea, entre todas nuestras sequedades y esterilidades, nunca perdamos el ánimo; sino antes, esperando con paciencia los consuelos, sigamos siempre nuestra derrota: no dejemos por esto ningun ejercicio de devocion; antes, siendo posible, multiplicaremos nuestras buenas obras: y no pudiendo presentar á nuestro caro Esposo las confituras líquidas, presentémosle las secas, porque lo uno y lo otro será lo mismo, con tal que el corazón que se las ofrece esté perfectamente resuelto en el querer amarle. Cuando la primavera es hermosa hacen las abejas más miel, y crian menos, porque al favor del buen tiempo se embebecen y ocupan tanto en hacer su cosecha sobre las flores, que se olvidan de su produccion. Mas cuando la primavera es áspera y nublosa, entonces hacen más abejas y menos miel; porque, como no pueden salir á hacer su cosecha, se emplean entonces en su multiplicacion. Sucede muchas veces, querida Filotea, que viéndose el alma en la hermosa primavera de los consuelos espirituales, se embebecen tanto en el juntarlos y gustarlos, que con la abundancia destes dulces regalados hace muchas menos obras buenas; y al contrario, hallándose en las asperezas y esterilidades espirituales, multiplica tanto más las obras sólidas y virtuosas, cuanto se ve privada de los sentimientos agradables de devocion, abundando en la generacion interior de las verdaderas virtudes de paciencia, humildad, abjeccion de sí misma, resignacion y abnegacion de su amor propio.

Es un grande abuso de muchos, y principalmente de las mujeres, el creer que el servicio que hacemos á Dios sin gusto, sin ternera de corazón y sin sentimiento, sea menos agradable á la Majestad divina; pues al contrario, nuestras acciones son como las rosas, las cuales, aunque es verdad que estando frescas tienen más gracia, con todo esto, cuando secas tienen más olor y fuerza. Y de la misma manera, aunque nuestras obras hechas con ternera de corazón, nos son más agradables (digo á nosotros, por cuanto no miramos sino á nuestro propio deleite); con todo eso, las que hacemos con sequedad y esterilidad tienen más olor y valor delante de Dios. Sí, Filotea: en tiempo de sequedad y desabrimento nuestra voluntad nos lleva al servicio de Dios como por fuerza; y por consiguiente ha de ser de necesidad más rigurosa y constante que en tiempo de ternera. No es mucho el servir á un príncipe en la dulzura de un tiempo próspero y apacible y en

medio de los regalos de la corte; pero el servirle en la aspereza de la guerra, y en medio de las revueltas y persecuciones, será sin duda una verdadera señal de constancia y fidelidad.

La beata Angela Foligno dice que la oracion más agradable á Dios es la que se hace por fuerza y contricion: esta es aquella á la cual nos ponemos, no por algun gusto que tengamos ni por inclinacion, sino solamente por agrandar á Dios, á lo cual nuestra voluntad nos lleva como constreñidos, forzando y repugnando las sequedades y repugnancias que se le oponen. Lo mismo digo de toda suerte de buenas obras, porque cuantas más contradicciones tuviéremos en el hacerlas, sean exteriores ó interiores, tanto más estimadas y preciadas son delante de Dios; cuanto menos particular interés hubiere en el seguimiento de las virtudes, tanto más la pureza del amor divino lucirá en nosotros. El niño besa fácilmente á su madre cuando le da azúcar, pero será señal clara de amarla en extremo si la besa despues de haberle dado amargos ajenos.

## CAPITULO XV.

Confirmacion y aclaracion de lo que se ha dicho, por un ejemplo notable.

Para darte toda esta instruccion más evidente, quiero ponerte aquí un excelente pedazo de la historia de san Bernardo, como lo he hallado en este docto y entendido autor. Dice pues así: «Es cosa ordinaria casi á todos los que comienzan á servir á Dios, y que no están aun experimentados en las subtracciones de la gracia ni en las mudanzas espirituales, que viniéndoles á faltar este gusto de la devocion sensible y esta agradable luz que los convida á darse prisa en el camino de la devocion, pierden al mismo punto el ánimo, y caen en pusilanimidad y tristeza de corazón. La gente bien entendida da esta razon: que la naturaleza racional no puede por largo tiempo durar hambrienta y sin algun deleite, ó celeste ó terrestre. Como las almas pues relevadas sobre sí mismas, con la prueba de los placeres superiores, renuncian fácilmente los objetos visibles, así tambien cuando por la disposicion divina les es quitada la alegría espiritual (hallándose tambien por entonces privadas de los consuelos corporales, y no estando aun acostumbradas á esperar con paciencia la vuelta del verdadero sol), les parece que están ni en el cielo ni en la tierra, y que han de quedarse sepultadas en una noche eterna; y como niños pequeñuelos, que se airan cuando les quitan la teta, así tambien se quejan, lloran y se muestran importunas y enojosas, principalmente consigo mismas. Esto pues aconteció en el viaje, del cual hay cuestion, á uno de la tropa, llamado Godofredo de Perona, nuevamente dedicado al servicio de Dios. Este pues, hallándose de improviso con una cierta sequedad y falta de consuelo, y ocupada el alma de mil tinieblas lóbregas y interiores, comenzó á volver á la memoria sus amigos mundanos, sus parientes, los ejercicios y vanidades que poco há habia dejado; por cuyo medio fué asaltado de una tan áspera tentacion, que no pudiéndola encubrir en el semblante, se lo conoció uno de sus más confidentes y amigos. El cual llegándosele con disimulacion y dulces palabras, le dijo en secreto: «¿Qué es esto, Godofredo? ¿Có-

mo estás tan pensativo y pesoso, cosa tan fuera de tu costumbre?» Entonces Godofredo, con un profundo suspiro del alma, respondió así: «Hermano mio, sabrás que ya en mi vida podré estar alegre.» Con cuyas palabras, movido el amigo á piedad, se fué luego con un celo fraterno á contarle al comun padre san Bernardo; el cual, viendo el peligro, se entró en la primera iglesia, donde rogó á Dios por él. Godofredo durante esto, combatido de la tristeza, y apoyando la cabeza sobre una piedra, se quedó dormido; pero despues de pequeño rato se levantaron entrambos, el uno de la oracion con la gracia ya alcanzada, y el otro del sueño con la cara risueña y serena. Maravillándose desto su amigo, viendo en él tan arrebatada mudanza, no pudo dejar de reprehenderle amigablemente lo que poco antes le habia respondido. Godofredo le replicó: «Si antes te dije que jamás yo me veria contento, ahora te aseguro que jamás yo me veré triste.»—

Tal fué el suceso de la tentacion desta devota persona. Notarás pues en lo que se te ha contado, Filotea:

1. Que Dios da de ordinario algun anticipado gusto de los regalos celestes á los que entran en su servicio, para retirarlos por este medio de los deleites terrenos, y animarlos en el seguimiento del amor divino, como una madre que para tirar y cebar su hijuelo á la teta, le pone la miel en el pezon della.

2. Es tambien este buen Dios quien á veces (segun su sábia disposicion) nos quita la leche y la miel de los consuelos, para que por este medio aprendamos á comer el pan seco y sólido de una devocion vigorosa, ejercitada á la prueba de disgustos y tentaciones.

3. Que á veces de las sequedades y esterilidades de espíritu se levantan muy grandes tentaciones, y que entonces nos es necesario combatirlas animosamente, porque las tales no son de Dios; pero debemos sufrir las sequedades, pues Dios las ha ordenado para nuestro ejercicio.

4. Que no debemos jamás perder el ánimo entre los enojos interiores, ni decir, como el buen Godofredo: «Jamás yo me veré alegre;» porque en medio de la noche debemos esperar la luz. Y reciprocamente en el más hermoso tiempo espiritual que podemos tener, no debemos tampoco decir: «Jamás me veré triste;» porque (como dice el Sábio) en los dias dichosos debemos acordarnos de la desdicha. Hase de esperar entre los trabajos y temer entre las prosperidades; y tanto en una como en otra ocasion debemos humillarnos.

5. Que es un soberano remedio el descubrir su mal á algun amigo espiritual que nos pueda dar consuelo.

En fin, para conclusion deste advertimiento tan necesario, noto que en todas las cosas, y asimismo en estas, nuestro buen Dios y nuestro enemigo tienen tambien contrarias pretensiones; porque Dios por ellas nos quiere conducir á una gran pureza de corazón, á una propia renunciacion de nuestro propio interés en lo que es de su servicio, y á una perfecta desnudez de nosotros mismos. Pero el enemigo nuestro procura emplear sus fuerzas para hacernos perder el ánimo, y hacernos volver del lado de los placeres sensuales, haciéndonos enojosos para con nosotros mismos y los otros, para afear y disfamar la santa devocion. Pero si observas los documentos que te he dado, verás cómo

aumentas en extremo tu perfeccion en el ejercicio que usares entre las aficciones interiores, de las cuales no quiero acabar el propósito, sin decirte aun una palabra.

Algunas veces los disgustos, las esterilidades y sequedades proceden de la indisposicion del cuerpo, como cuando por el exceso de las vigiliias, de los trabajos y ayunos, nos hallamos combatidos del cansancio, adormecidos y pesados, y con otras tales enfermedades; las cuales, aunque proceden del cuerpo, no dejan de incomodar el espíritu, por la estrecha atadura que hay entre ellos. En tales ocasiones pues, debemos acordarnos siempre de hacer más actos de virtud con nuestro espíritu y voluntad superior; porque, aunque parezca estar toda nuestra alma dormida y acabada de cansancio y desabrimiento, no por eso las acciones de nuestro espíritu dejan de ser muy agradables á Dios; y podemos decir en tal tiempo, como la Esposa sagrada: «Yo duermo, pero mi corazón vela.» Y como he dicho atrás, si hay menos gusto en el trabajar desta suerte, no por eso deja de haber más merecimiento y virtud.

## QUINTA PARTE DE LA INTRODUCCION,

EN LA CUAL SE CONTIENEN LOS EJERCICIOS Y AVISOS NECESARIOS PARA RENOVAR EL ALMA Y CONFIRMARLA EN LA DEVOCION.

### CAPITULO PRIMERO.

Que debemos cada año renovar los buenos propósitos por los ejercicios siguientes.

El principal punto destes ejercicios consiste en el conocer bien su importancia. Nuestra humana naturaleza se aparta fácilmente de sus buenos propósitos por la fragilidad y mala inclinacion de nuestra carne, la cual agrava nuestra alma, y la procura tirar y inclinar hácia abajo, si á menudo no se levanta hácia arriba á viva fuerza de resolucion. Así como los pájaros tornan á menudo á caer en tierra, no continuando en el romper el aire para mantenerse por este medio en su vuelo; así tambien, amada Filotea, tienes tú necesidad de reiterar y repetir muy á menudo los buenos propósitos que hubieres hecho de servir á Dios, temiendo que no haciendo esto, no caigas en tu primer estado, ó en otro por ventura mucho peor: porque las caidas espirituales tienen esta propiedad, que nos ponen siempre en más bajo estado que aquel en que nos hallábamos cuando subimos á lo alto de la devocion. No hay reloj, por bueno que sea, que no sea menester subirle la cuerda dos veces al dia, á la mañana y á la noche; y despues desto, es menester tambien desarmarle por lo menos una vez al año para limpiarle de todas sus piezas, enderezar las torcidas, y reparar las que están usadas. Así tambien el que tiene un verdadero cuidado de su amado corazón, debe remontarle á Dios á las noches y á las mañanas por medio los ejercicios ya dichos; y fuera desto, debe considerar á menudo su estado, enmendándole y acomodándole cuanto pueda al servicio de Dios; y en fin, por lo menos una vez al año

Mas el remedio en esta ocurrencia es el alentar el cuerpo con alguna suerte de legítima recreacion y entretenimiento. Así san Francisco ordenaba á sus religiosos que fuesen de tal manera moderados en sus trabajos, que no destruyesen el fervor del espíritu.

Y á propósito deste glorioso padre, una vez se vió contrastado y perseguido de una tan profunda melancolía de espíritu, que no podia dejar de mostrarla en sus movimientos; porque si queria conversar con sus religiosos, no podia; si se apartaba dellos, se hallaba peor. La abstinencia y mortificacion de la carne le afligian, y la oracion no le aliviaba nada. Vióse dos años desta suerte, y de manera, que parecia estar de todo punto abandonado de Dios; mas en fin, despues de haber con humildad sufrido esta áspera tempestad, el Señor le dió en un momento una dichosa tranquilidad. Esto es para darte á entender que los mayores siervos de Dios están sujetos á tales sequedades; y que los menores no deben espantarse si se hallan en algunas.

debe desarmarle y mirar todas sus piezas una á una; esto es, todos sus deseos, aficciones y pasiones, para que así pueda reparar todas sus faltas. Y como el relojero unta todas las ruedas, los traveses y el muelle con algun aceite delicado, para que sus movimientos sean más mansos y seguros, y que esté menos sujeto al orin y herrumbre, así la persona devota, despues de haber desmontado ó desarmado su corazón para mejor rehacerle y renovarle, le debe untar por medio de los sacramentos de la confesion y de la eucaristía. Este ejercicio reparará tus fuerzas abatidas del tiempo, confortará tu corazón, hará reverdecer tus buenos propósitos, y reflorcer las virtudes de tu espíritu.

Los antiguos cristianos practicaban esto con mucho cuidado en el dia aniversario del bautismo de nuestro Señor; en el cual, como dice san Gregorio, obispo de Nazianzo, renovaban la profesion y las protestaciones que se hacen en este sacramento. Hagamos lo mismo, querida Filotea, disponiéndonos y empleándonos á esto con muchas veras y alegría.

Habiendo pues escogido el tiempo conveniente, segun el parecer de tu confesor, y habiéndote retirado algo más á la soledad real y espiritual que lo ordinario, harás una, dos ó tres meditaciones sobre los puntos siguientes, segun el método que te he dado en la *Segunda parte*.

### CAPITULO II.

Consideracion sobre el beneficio que Dios nos hace llamándonos á su servicio, segun la protestacion arriba dicha.

1. Considera los puntos de tu protestacion. El primero es el haber dejado, desechado, detestado y re-

nunciado para siempre todo pecado mortal. El segundo es el haber dedicado y consagrado tu alma, tu corazón, tu cuerpo, con todo aquello que desto depende, al amor y servicio de Dios. (1) El tercero es, que si te sucediese caer en alguna mala accion, te levantarás al mismo punto, mediante la gracia de Dios. ¿No son pues, dime, estas hermosas, justas, dignas y generosas resoluciones? Piensa bien en tu alma cuán santa, justa y razonable es esta protestacion.

2. Considera á quién has hecho esta protestacion, que es á Dios. Si las palabras de razon dadas á los hombres nos obligan estrechamente, ¿cuánto más obligarán las que damos á Dios? «¡Ah Señor! (decia David) á vos es á quien mi corazón lo ha dicho; mi corazón ha trazado esta buena palabra: jamás las olvidaré.»

3. Considera en presencia de quién, y que ha sido á la vista de toda la corte celeste. La Virgen, san Josef, tu buen ángel, san Luis, toda esta celeste compañía te miraba y aprobaba tu protestacion, mirándote con ojos de un amor indicible, (2) postrado tu corazón á los pies del Salvador, consagrándose á su servicio; por lo cual hicieron una general alegría por toda la celeste Jerusalem, y aun harán ahora la conmemoracion, si con entero corazón renuevas tus buenos propósitos y resoluciones.

4. Considera por qué medios hiciste tu protestacion. ¡Ay de mí, y cuán manso y dulce se te mostró Dios en este tiempo!

Dime pues por tu vida, ¿no te viste convidada con mil dulces halagos del Espíritu Santo? Las cuerdas con que tiró Dios tu pequeña barquilla á este puerto de salud, ¿no te parece que fueron de amor y caridad? Mira cómo te fué cebando con su divino azúcar, por los sacramentos, por la lectura y por la oracion. ¡Ay de mí, amada Filotea! tú dormias y Dios te velaba, poniendo en tu corazón pensamientos de paz, y meditando por tí meditaciones de amor.

5. Considera en qué tiempo Dios te tiró á estas grandes resoluciones; porque si fué en la flor de tu edad, fué, Filotea, no pequeña dicha el aprender tan presto lo que no podemos saber sino muy tarde. San Agustin, habiendo sido tirado de Dios de edad de treinta años, decia: «¡O antigua hermosura! ¿cómo te he conocido yo tan tarde? ¡Ay de mí, que te via y no te conocia!» Y tú tambien podrás decir: «¡O dulzura antigua! ¿por qué no te he yo antes gustado?» ¡Ay de mí, que no obstante esto, no la conocias tú entonces! Y por esto, reconociendo cuánta gracia te ha hecho Dios de tirarte así en tu juventud, di con David: «¡O Dios mio! tú me has alumbrado y tocado desde mi juventud; y para siempre yo invocaré tu misericordia!» Y si ha sido en tu vejez, hallarás, Filotea, haberte Dios hecho no pequeña gracia en que despues de haber tan mal perdido tantos años precedentes, al fin Dios te ha llamado antes de la muerte, parando el curso de tu miseria en tiempo donde, si hubieras continuado, quedaras miserable para siempre.

6. Considera los efectos desta vocacion, y hallarás en tí, segun entiendo, una dichosa mudanza, comparando lo que eres con lo que fuiste. ¿No tienes tú, dime,

(1) La tercera es (*Edicion original*).  
(2) postrando (*Id.*)

por gran felicidad el saber hablar á Dios por medio de la oracion? ¿El tener deseo de quererle amar? ¿El haber templado y pacificado muchas pasiones que te inquietaban? ¿El haber evitado muchos pecados y embarazos de conciencia? ¿Y en fin, el haber comulgado tan á menudo; cosa en que antes ponias tanto descuido, uniéndote á este santo manantial de gracias eternas? ¡Ah Filotea, y cuán grandes son estas gracias! Menester es pues, Filotea mia, pesarlas en el peso del santuario. La mano derecha de Dios es pues la que ha obrado todo esto. «La buena mano de Dios (dice David) ha hecho virtud; su diestra me ha relevado. No moriré pues, sino viviré, y contaré de corazón, de boca y con obras las maravillas de su bondad.»

Despues de todas estas consideraciones, las cuales, como ves, nos colman de buenos deseos, debemos concluir simplemente por una accion de gracias y una oracion encaminada al aprovechamiento de lo dicho, retirándote con humildad y gran confianza en Dios; no haciendo el fin destas resoluciones hasta despues del segundo punto deste ejercicio.

### CAPITULO III.

Del exámen de nuestra alma sobre el adelantamiento en la vida devota.

Este segundo punto del ejercicio es un poco largo, y así cuanto á su práctica te digo que no es necesario le hagas todo de una vez, sino en diversas veces: como si tomases lo que mira á tus acciones para con Dios, y esto por una vez; lo que mira á tí mismo, otra vez; lo que toca al prójimo, otra; y la consideracion de las pasiones, la cuarta vez. No será tampoco necesario que estés de rodillas, sino al principio y á la fin, con que se comprenden las aficciones. Los otros puntos del exámen los podrás hacer con utilidad paseándote, y aun mejor en la cama, si por ventura puedes estar en ella por algun tiempo sin desabrimiento ni gana de dormir. Para hacer pues esto, es necesario haberlos antes bien leído. No obstante esto, es necesario el hacer todo este segundo punto en tres dias y dos noches por lo más, tomando de cada dia y de cada noche alguna hora, digo algun tiempo, sea el que pudieres; porque si este ejercicio no se hiciese sino en tiempos muy distantes el uno del otro, perderia su fuerza y causaria impresiones muy flojas.

Despues de cada punto del exámen, notarás en lo que hallas faltar, y en lo que tienes falta, y los principales distraimientos que has sentido, para declararte y tomar consejo, resolucion y alivio espiritual. Y aunque en tales dias que hicieres este ejercicio y los otros, no sea necesario el retirarte absolutamente de las conversaciones, con todo eso, no se excusa el retirarte un poco, particularmente hácia la noche, para que así puedas acostarte más temprano, reposando el cuerpo y el espíritu, necesario á la consideracion. Y entre dia habrás tambien de hacer frecuentes aspiraciones á Dios, á nuestra Señora, á los ángeles, á toda la Jerusalem celeste; es tambien necesario que todo esto se haga con un corazón enamorado para con Dios, y la perfeccion de tu alma. Para comenzar pues bien este exámen:

1. Ponte primeramente en la presencia de Dios.
2. Invoca el Santo Espíritu, pidiéndole luz y clari-